

Libro de horas
Antología personal

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS

Summa de días

ENRIQUE VILLADA

Libro de horas

Antología personal

Prólogo

JOSÉ LUIS CARDONA E.

FOeM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Libro de horas

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Enrique Villada Valeriano

ISBN: 978-607-495-456-2

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/81/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

ENRIQUE VILLADA: LA PALABRA, UN CAER QUE NO TERMINA

UNA ANTOLOGÍA POR MANO PROPIA

Le corresponde a Alejandro Ariceaga el acierto de considerar que una antología es en realidad una *antojología*, fórmula jocosa para acercarse al capricho o, en el mejor de los casos, de referirse al criterio, porque alguno debe (de) haber cuando se hace una selección, así sea sólo del gusto del antologador o *antojolador*.

En el caso de quien se antologa a sí mismo, el trabajo y el antojo pasan por el tamiz de la revisión de una escritura que es porque sus signos la mantienen viva y porque, si ha tenido buena fortuna, sus lectores también le dan vigencia, pero también se trata de una escritura que fue en la medida que el escritor era uno entonces y que es otro hoy: la vieja polémica iniciada por Heráclito (somos y no somos los mismos) y el no menos sabio Parménides (el presente como perpetuidad). La poesía de Enrique Villada remite a la lucha entre dos visiones: la del devenir y la de la permanencia.

Una antología es precisamente ese enfrascamiento. ¿Se reconoce el escritor en las letras que para el caso nos llevan a su primera publicación en forma de libro, en 1985, hace tres décadas? ¿Quisiera, en todo caso, que la antología no fuera tal sino un libro con textos que todavía no escribe: un libro de futuro? Forma extrema de estar inédito sería esa.

No por archisabida debe obviarse la revisión que los escritores hacen con cada reedición, que en estricto sentido es planteada por el editor como reimpresión. Octavio Paz no perdonó sus poemas más tiernos y, con poca ternura, los sacó de

la primera antología de su obra. José Emilio Pacheco no se cansaba de revisar y cambiar: se autocorregía o, mejor dicho, se automejoraba.

Enrique Villada entrega la selección que ha hecho de su poesía para esta colección con una doble coincidencia significativa: la suma de días se hace de horas y de fracciones de tiempo claramente menores. Un libro de horas cabe justamente en la colección, más todavía porque de hora en hora el primer libro del poeta, *Estuario luminoso*, llega a sus primeras tres décadas.

EL BOOM DE LA POESÍA EN EL ESTADO DE MÉXICO

Ubicados ya en ese tiempo, hay que decir que a partir de la primera mitad de los ochenta se dio en el Estado de México una correspondencia entre el surgimiento de una generación de poetas (en realidad, es una generación de escritores, pues hay en ella cuentistas, novelistas y dramaturgos) y la definición de políticas públicas de difusión cultural, incluida una labor editorial constante que concluyó con las intermitencias de las décadas pasadas, ancladas en colecciones y bibliotecas en que no cabía siquiera la noción de una tarea profesional y sistemática, pese a que se hicieron buenos libros hoy inencontrables.

Luego del empuje hacia la modernidad y la vanguardia que dio la primera época del grupo Tunastral (1964-1965), tuvieron que pasar casi dos décadas de pasmo, interrumpido ocasionalmente por esfuerzos fragmentados en casi todos los órdenes de la vida cultural. Hay en los ochenta, por fin, un terreno propicio para reconocer trayectorias y fomentar nuevas carreras. La literatura tendrá a partir de entonces los resultados más visibles, pues no se puede decir lo mismo de las artes plásticas,

terreno en que se consolidaron obras que hace 30 años ya eran destacadas; la música y la danza son campos fértiles, pero todavía sin labrar plenamente. La otra excepción es el teatro: lo que tenemos es resultado de la brega de quienes se envuelven en esa bandera, pues el apoyo institucional apenas empieza a dar muestras de constancia.

El surgimiento de las nuevas voces se empalmó con la creación del Centro Toluqueño de Escritores (1983) y la entrega de la Presea “Estado de México” (1984) al amparo de un marco legal renovado y condensado en la Ley del Mérito Civil. A la par, hubo fortuna en el empalme: escritores con obras incipientes e instituciones que los empiezan a publicar, en las que finalmente también hay lugar para voces ya maduras que recuperan los destellos de un pasado iluminado esporádica pero intensamente, con la difusión de las obras de Nezahualcóyotl, sor Juana Inés de la Cruz, Laura Méndez de Cuenca, Ángel María Garibay Kintana y Josué Mirlo.

Si el discurso (hoy se dice narrativa) cultural aprovecha esos andamios, los caminos aéreos abren rutas a los escritores de la generación de los ochenta. Así empezó a hacer su obra Enrique Villada, que ha cumplido el compromiso de su vocación, en términos casi místicos.

Hay un antes y un después de la generación poética de los ochenta, en la que están Félix Suárez, Flor Cecilia Reyes, José Alfredo Mondragón (fallecido muy tempranamente y, por ello, con una obra muy breve) y el mismo Villada. No soy exhaustivo, desde luego: ejemplifico con casos destacados, salvo el de Mondragón del que tuvimos apenas una prueba. El sentido del término generación aquí habla más de una convivencia y de la publicación de sus trabajos que de una identidad de temas y formas; su sentido es el de obras que se hacen.

HACER LA OBRA

En poesía, tener una voz implica darle forma a la materia inicial, desarrollar el instrumento y usarlo de manera constante, disciplinada, no contentarse con saber que se puede decir algo. Eso implica la creación de una obra, cuya largueza o brevedad puede o no ser significativa. Importa su contundencia en términos de integridad y logro estético.

En la obra de Villada, uno de sus elementos es el continuo tránsito del paisaje externo al paisaje interno. Y escribo tránsito donde debí poner una palabra más precisa. Viaje, tal vez diga mejor lo que pretendo, o memoria. Desde la casa, la ventana y la cotidianidad transfigurada, su poesía camina al encuentro de algunos de los elementos de la naturaleza, sólo para sorprendernos con el juego de los espejos de lo onírico y la imaginación. “Abro la puerta y miro, / hacia dentro, / al centro de las ruinas”.

Estuario luminoso (1985) resulta un poemario desafiante y por ello ideal para iniciar una obra. El poeta brinca del ensayo de la mirada a la plenitud de la vista. La casa abre sus puertas y ventanas para que los ojos enfrenten literalmente un paisaje en que se mezclan las imágenes que, en conjunto, dibujan el paisaje interior, que es el tema central de la escritura. Este aviso de piedras caídas contrasta con la fuerza y belleza de una naturaleza que es pura imaginación vertebrada, pretexto, vehículo para la construcción de una identidad fundada en la palabra. Lo mismo pasa con los atisbos del amor y los recuerdos de infancia.

El segundo poemario se publica 10 años después, en 1995. *Palabras para un viaje* representa continuidad y ruptura, en términos todavía de búsqueda: “Jugar con alegría el porvenir, / Unir lo quieto al movimiento, / Amar los antes y después, / Nacer en rotación de soles.”

Pero el contexto ha cambiado. El país lleva casi dos décadas en crisis, y ahora se mezclan la económica y la política. Villada se concentra en el tiempo y en el devenir. Hay más preguntas que respuestas, y las que se presentan son retorcidas: “¿Qué es uno para sí mismo? / Una carcajada en el abismo.” Son más notorios también los trasvases. La obra de Nahúm B. Zenil le da motivos, así como personajes marginales, nocturnos, que dejan un gusto de fantasía, en tanto que el erotismo se abre camino como motivo que ya no abandonará. Así dicho: el erotismo, no necesariamente el amor.

El poeta está dibujado ya de cuerpo completo. Es un poeta niño que convierte en inquisición sistemática las preguntas reiterativas de los tres años: qué es y por qué.

En *Hojas de octubre*, también de 1995, el tiempo se revuelve. Hay un sabor que no alcanza a ser amargo, pero tiene el tinte del desamparo y las promesas rotas: “Flores de trapo siembra el tiempo, / (...) / ¿Un poema?, / ¿para qué? / ¿Para vivir con nuestras plagas, / acariciando la miseria, / como los niños un juguete?” La respuesta está en la transfiguración de las palabras que son el mundo, con las que se busca el regreso a la condición original, una suerte de encanto e inocencia.

Castillos de luz (1997) abre un paréntesis. Villada busca en el soneto una forma armónica, ajustada, que controle y ordene. El resultado es sorprendente: siete poemas en los que vive parte de la historia íntima. El erotismo asume forma pictórica. El poeta da continuidad a un ejercicio que afina: del lienzo imaginado a la palabra y de ésta a la obra hecha de luz, claroscuro y color.

¿En qué momento la palabra se vuelve contra sí misma (en el sentido de reflexión acerca de sus principios y sus finales)? *Abecedario* es el resultado de esa interrogación. El poemario se

publica en 1999. Cada poema está dedicado a un objeto-tema. Su significación va de la mano con el minimalismo que Villada ensaya. Hay un coqueteo con el haikú y con el aforismo. La poesía se concentra en formas breves en las que parece latir el ojo agudo de Tablada.

Y dado a experimentar (Paz habló de su generación como la de la ruptura), el poeta ejercita el poema en prosa. *El corazón del fauno*, también de 1999, tiene la materia prima del deseo, de la lubricidad que no renuncia a la mirada infantil original, como una cierta forma del pasmo.

Hay muchos ecos que reverberan en la voz de Villada. El más antiguo es Homero, pero se puede rastrear en la lírica que va de Novalis y Hölderlin a Rilke, y se refugia en diversos momentos en Walt Whitman. Motivos más recientes son tomados de William Carlos Williams, José Carlos Becerra, Carlos Pellicer, Álvaro Mutis y Octavio Paz. El ejercicio es plenamente consciente porque, a final de cuentas, todos los poetas escriben una parte del que es un solo libro, colaboran en una misma obra. José Emilio Pacheco detalló la imagen de la botella arrojada al mar: en ella va una voz que es muchas voces, porque si bien la del poeta es una voz solitaria que está anclada en el tiempo y en un mundo sumergido en las revoluciones, puede fundar otros mundos, recorrerlos, viajarlos y encontrar la verdad en la reproducción fractal de la naturaleza interior: es otras voces.

La botella que lleva la etiqueta Villada-antologado-por-él mismo incluye también una colección de poemas sueltos muy oportuna para verificar cambios temáticos y formales. A esos poemas sólo les falta música, porque asumen la forma de canciones. No lo sé de cierto, pero aquí hay un trovador antiguo.

Si se quiere un cuadro completo para mejor ver el sentido de la obra poética de Villada, agréguese sus reflexiones

sobre la lectura (*Ensayo de mi dulce gozo*) y la obra en tres actos *Espantatíteres*, donde la poesía asume la forma de texto para niños (una fábula diferente, pero delicada y dulce). Es autor también de cuentos y de otra obra infantil sobre Van Gogh. De esta manera, se asume como escritor. Si bien su espina dorsal es la poesía, no se mueve mal en otros ámbitos.

En la poesía de Enrique Villada la palabra como caída es enunciación y referencia, pero igualmente, sustancia. Fondo y forma en una práctica vital. Es un movimiento que, paradójicamente, queda suspendido en el telón de fondo que es el tiempo.

Hay días en que, como lectores, tenemos la gracia, porque la poesía es una forma de la gracia.

JOSÉ LUIS CARDONA E.
Toluca, agosto de 2015

Libro de horas
Antología personal

A Whitman

A Maqroll Balam

A Mariana

Era difícil hacerse a la idea de que su trabajo no estaba allí fuera, en el estuario luminoso, sino detrás, en la ominosa penumbra.

JOSEPH CONRAD

El corazón de las tinieblas

De
Estuario luminoso
(1985)

Primera parte

EL TIGRE

I

Las raíces de un tigre sigiloso
abrean en arroyos de obsidiana.
En la noche fosforece como el rayo
la reverberación de su mirada.
Viene de legiones extensas
como el silencio
o la memoria de inmemoriales sombras.
Llega a poblar el verde mirto,
los racimos de sol y de rocío.
Llega a reír,
inunda mis caminos,
y mis venas amarra de corales.
Arrebata mis hojas y mis ramas,
mi guitarra de trigo y arrozales.
Encuentro al tigre hasta en el sueño.
Sangra en la cerviz el ciervo del agua.

II

Fresno de luz
en el estuario astado,
cercena de la selva
su foliación de insectos
y riente de cuchillos zarpa
arrastrando en sus cauces
silenciosos cardúmenes.
Al cierzo clama los vestigios
de funestas batallas,
su mirada flirtea
con mi sueño de arena.
En el desierto
el fuelle de sus fauces
colmado de colmillos
encuentra mis pupilas
y mi torso desuella.

III

Abro la puerta y miro,
 hacia dentro,
al centro de las ruinas.

Ruge un eco en el hueco
de una piedra,
 relámpago
que se propaga
 en una gruta.

En mi caza una fiera,
 tenebrosa palabra,
se vuelve grumo de salitre.

Estalla
 en el poema
 que deletreo.

Nada podrá borrar
su vida luminosa del cuaderno:

POEMA

Canto la piedra llena como un cántaro,
sal de la sal de su vidriado espacio.

Consuelo la caída, el descalabro
con el silencio de la piedra dura.

Crujía en el mar, ¿esto será el arroyo?,
¿o tal vez el desierto cinerario?

Pero tú, que tan poco lo recuerdas,
que lo confundes con el cielo astrado,

escarba con filosos arco iris
las piedras que perdimos en la arena,

las piedras como cántaros de agua,
como piedras que como como panes.

AVE

Un ave auricular
caracolea el cielo,
y es el azar del águila
lo que el deseo del sol
fija en el viento,
los puntos cardinales
envolturas del tacto
como frondas de piel,
¿y el torbellino acróbata
volará los confines
para morir de espacio?

LA RUECA

Emblema de la noche y de la estrella
no necesita una razón
para mover al mundo,
mueve las hojas y los días,
carda la tierra del rastrojo
con sus vértebras,
atiza fuegos, celosías,
clausura puertas, abre otras.
Todo era real y ahora es intangible.
Es una rueca
la borrasca del mundo que me inventa.

EL PERRO

Como el ciervo a las márgenes se acerca
chapotea en los ojos de los perros
tristemente la lastima.

Brota polvo a cada lengüetazo
nebuloso de barro.

El pelo es de mazorca
y se desgrana como plumas
de príncipe guerrero en el combate.

Un latigazo luminoso
azota los cultivos de maíz.

Pateado, negro, blanco,
Rojo, amarillo, pateado.
De su noche nace la danza.

Dardos las patas,
tambor el corazón,
también en México persiste el polvo.

PECES MÚLTIPLES

Inmóviles, desmovilizados
nadan,
se hacen canción
en la sima del pensamiento.

Secreto pasar sin pisadas,
volumen solar,
su alcoba debajo del agua.

Pasean su música oscura,
son
reflujo del mar
las sombras que visten sus alas.

Danzan sin girar
desnudas monedas de plata.

Peces de umbrío silencio.
Estalla el surtidor
en sus espesos aleteos.

LOS DESCONOCIDOS

¿Que cómo era mi casa?

Pues, le diré...

Salobre, más allá del camposanto.

En el prado mohoso
los pájaros no cantan.

Los árboles gotean sangre a cada rato,
sus hojas casi pudren el ambiente.

Pendían ciertos frutos de una rama,
témpanos eran, diminutas fuentes,
témpanos eran de minutos lentos.

El péndulo sin r i t m o dando coces.

De casa nos cambiamos para ésta
que no es la casa que esperamos.

Tallo en el muro un fósforo,

su lumbre oscura se parece
a un libro que leí cuando era niño.

Vasta región donde ahuyentamos todo,
vacíos nos quedamos para siempre.

Se me olvidaba..., ¿quiere usted sentarse?

CEMENTERIO

Liquidado en el agua,
soy el pez del océano
que huyó de la razón
para entrar al sepulcro,
pero el pez continente
de tan grave pecado
en la marisma vierte
el arrepentimiento,
y en el día tercero
la fortuna me salva,
como trébol que cambia
la espiral de su cifra
en el lóbulo cuarto.
De la tierra a la brisa
y del sol al velamen
he sido, sin embargo,
pescado en el sepulcro.

ELEGÍA

En la tela de araña que la viste

atraviesa el recinto de papel
como una selva planetaria.

Escribe páginas de mármol,
palabras sobre las páginas,

oscuras florescencias
en sus penumbras desojándose.

Una onza gravita en la balanza,
y leo pardos felinos en líneas generales,

en concéntricos hilos
donde elige para vivir la muerte.

LA CASA

I

A veces en la casa
suena un olor amargo a trementina,
suena la rueca de la abuela
y su madeja de fantasmas.

II

Por la sombra que espira tu retrato
me atenaza la luz
entre los muros herrumbrosos.

¿Qué iba yo a hacer,
abuelo,
si te quedabas en la tierra?

¿Qué iba yo a ser
si me gustaba
aspirar la espiral de tu cigarro?

Segunda parte

EL SILENCIO

De un orbe a otro ciego nos anuda,
indefinidamente, entre los dos,
como un caballo que galopa.

Lejanías desborda
para escabroso tropezar
con un asedio de miradas.

A su lado es el amor
como el otero verdinegro,
y difícil el pliego de plegarias,
el escarceo de palabras
que tampoco me atrevo
a tramontar yo solo.

El silencio creció siglos aztecas.

POEMA

Oscilando sobre un muro
me asomo para ver qué hay
en el celaje de papel.
Anclado en minutos, en cieno,
sueña el tic-tac que está durmiendo,
cuando la aguja emprende el vuelo
como aletear de mariposas
y te descubro hecha de sal,
como una espiga en el espejo.

LLUEVE

Para tu piel se viste
de manzanas la tierra,
las plomizas campanas
madrugan en el templo.
Naranjas como flores,
flores como luceros,
pedernal y follaje
caen al cementerio.
Trébol acrisolado,
tu equipaje sonoro
a la marisma llega.
En la yerba tu vello,
púbico laberinto,
nimbo pubis de nube
tu amanecer lluvioso.

OBELISCO

Camanance sin fin
sin retorno tenía
un barullo de luz
en su boca se oía
obelisco perfecto
levantado al amor
será la evocación
de la mirada suya
aunque no tome yo
ni t ni magdalena
sino la sola edad
en que la soledad
se torna compañía

O

Ninguno en mi lugar sabría nombrarla,
hogar,
hoguera,
hogaza.

O sólo por la tarde la llamaría párpado,
o cáliz del prodigio a su manera,
o regazo de senos imposibles,
o gacela de entonces hasta nunca.

Acaso el comensal de las guirnaldas
en el prado eterniza su bocado,

y yo, en el mar interminable,
náufrago vacío de las carabelas,
cómo
he
de
comenzar.

ALA

En plumas de atmósfera y alcohol
devino vuelo evaporado

y en la pira del mundo,
donde túmulos son todos los pueblos,
ella entre todos viva estaba,

y latía en el fuego saliendo más esbelta,

y ella era,
desde la orilla del papel
al sol calizo de las doce,
un ala,

(entonces yo no lo sabía)

pero ahora las aves
ya se van por suspiros ascensores...

COLIBRÍ

Apenas si se posa el colibrí
si juega a solazarse en aquel risco,

la hojarasca se quiebra en un incendio
de pasos excitados y relojes,

el instante del cazador fulgura,
cintura sofaldada en un tonel,

mano y piedra corola que despunta
en la margen de un seno como luna.

Afianzar el deseo como la piedra
y soltar la pedrada,

a fin de cuentas

en el sol que corta las hojas
viaja una ráfaga de frío.

LA MITAD

Presiento la presencia
de querer antípodas,
distantes y distintos
como la flor de la raíz
y voy por los caminos
forjando el sueño de otra.
Si despierta, me duermo;
si se cansa, descanso.
Del otro lado de la tierra
(ahora mismo)
siento latir sus átomos,
y si bajase a la región
de abatidos pendones,
en andas roturadas
bajaría ella también.
Acércate a mi cuerpo sin herirlo,
abrázame sin abrasarme,
no quiero que zozobre
la parte que me toca sin tocarme.

Tercera parte

LA EXTINCIÓN

Cerca de ti ahora reverbera
y se acerca la hora señalada,
porque terca la aurora ya no espera
y se queda en tu boca aprisionada.

Hebra de lumbre su extensión cimera
y en el beso de almendra enamorada
el mundo se resume cual si fuera
el humo de sumisa llamarada.

Espiras de la hoguera los metales
si tu aliento lo pones en el fuego
y aderezas la vida de corales

si pronuncias el nombre del que luego
se extingue en el papel, en los umbrales,
escribiendo tu nombre a sangre y fuego.

A riesgo de ser otros lo palpable
—la ceniza, el silencio y el desvelo—

desviose a nuestros ojos como el hielo
que acaba de ceder al sol culpable.

La prontitud gozosa del “qué amable”,
que bisela las ganas —nuestro vuelo—
de cambiar el sitio hasta del cielo,
apronta la derrota como un sable.

De mosto rebosante se vacía
la confusión de la verdad primera
y en las noches atruena cada día.

Flamígero desastre la manera
en lo que vasto a la humildad se lía,
ya nunca más será lo que antes era.

Como dos madre selvas nos buscamos
y buscamos al sol entre la yerba,
aliso yo tu pelo, tú mis manos,
y tu misma ternura ya es eterna.

Si horada un cardo tu altivez risueña
yo sueño huir mi sabia en el follaje,
si me insulta un osado se despeña
una lágrima tuya en el paisaje.

Espero la esperanza que delira
en la escala del aire y tornasola
la bravura del verde que te busca.

Encuentras la marea repentina
en el instante equidistante, sola,
inmensidad que nos separa, brusca.

Ayer comienza el orden de mi piel,
palabra de tres letras, de tres truenos,
alzándose en un cielo de papel.

Y el cuchillo que enciende días plenos
en un instante se desacraliza,
cortando la pasión y la ceniza.

Vuelve mi voz a silenciar la higuera
multiplicada en incontables lagos,
vuelve con su paloma la ligera
cuenca del ajedrez como los magos.

Y oigo sólo el desbande que acelera
la presencia en penumbras, los estragos,
acebo en vez de dalias, escollera
imprevista en la sed que bebo a tragos.

De
Palabras para un viaje
(1995)

Rotación de soles

...pero los hombres todos los días
mueren miserablemente
por no tener aquello que tienen
los poemas.

WILLIAM CARLOS WILLIAMS

El tiempo presente y el tiempo pasado
Acaso estén presentes en el tiempo futuro
Y tal vez al futuro lo contenga el pasado.

T.S. ELIOT

Anudo las palabras, los instantes,
Noches en blanco y días esperando nada.
Gritar lo que no soy es vano,
El descenso me lleva hasta el presente.
Las casas donde estuve se levantan,
Inmóviles, los rostros se suceden,
Canto del corazón abierto al tiempo
Anidado en mi pecho en esta hora.

Andar entre la niebla o detenerse,
Ulular como el pino, agazaparse.
Rosaledas que vi,
Ojos que imaginaron anémonas marinas,
Ríos en que se baña mi memoria,
Auroras extasiadas en las uvas.

Jardín donde las voces recordadas
Ondulan al azar.
Sombras que son presencias.
Ecos de la pasión, *heridas que se alternan*.
Flores marchitas, ¿cuándo acabarán?
Íntima playa en que viví.
Nocturnas lápidas de hielo
Arrojan su clamor contra las piedras.

Jugar con alegría el porvenir,
Unir lo quieto al movimiento,
Amar los antes y después,
Nacer en rotación de soles.

La higuera de infinitos frutos,
Oh, maraña de estrellas,
Rosa la piel de la locura,
Escribe con la sangre de la luna
Nevadas estaciones.
Ay, es el sueño, delicia del deseo.

Luces que son instantes,
Umbrales donde el viento se dormía,
Zarpazos de la dicha en carne viva.
Amor es la palabra que te nombra.
Zozobran colibríes en el cielo
Un momento y prosiguen,
Laberintos de lumbre, despedidas.

Recorro en el trayecto de mi vida
Espejos asombrados,
Besos tendidos sobre un puente,
Elusivos espacios de palabras
Creadas para el viaje.
Allá donde termino está el principio.

Obeliscos

Garabato y blanco nudo
en el viaje de la flama,
va de la sombra a la cama
todo tu cuerpo desnudo.

Se hace la luz nudo ciego
cuando el anhelo propicia
el vuelo de la caricia
entre las alas de fuego.

Y te recorre Odiseo
las páginas en sigilo,
cíclope que pierde el hilo
con la luz de su deseo.

¿Quién dirá *Luz a la vista*
cuando sólo sombra exista?

A las cenizas atado
el otro busca la hora
para salir de la aurora
que lo encierra al otro lado.

Recorre a mitad del vuelo
los círculos de la noria,
sabe que ignora la historia
del más allá, su gemelo.

Bajo la piel nos alumbra
poniéndose nuestra cara,
es como si respirara
un instante la penumbra.

¡Aparta la luz, el muro,
el día se pone oscuro!

Ese laberinto sube
y no sabe que es en vano,
quiere llegar por mi mano
a conocer a la nube.

Mejor serían las huellas
que perdí en el desierto
para saber si estoy muerto
respirando las estrellas.

O ser lo que nunca es
sino en el lugar preciso,
eso que en el fondo quiso
conociéndolo al revés.

¿Así será de cambiante
lo que tenemos delante?

Con la espada que ahora vuela
van a romper su memoria,
siglos cargados de historia
en distinta carabela.

Da un tajo el hombre despierto
mientras un golpe motiva
del dormido que lo esquiva
por no despertarse muerto.

Cambian de táctica luego
para saber el misterio
de quién ganará el imperio
de la ceniza y el fuego:

se desplazan a lugares
donde nacerán juglares.

Danza de los colores
oscuridad adentro,
movimiento de luces
alrededor del alba,
los sueños hacen mundos
las esferas del día,
cada una cercada
de ariscos sobresaltos,
cada una en la arena,
pisada del silencio.

Desmoronar las nubes
o traer a la entraña
el cuerpo que no sabe
la danza de los cuerpos
es trabajo del sueño.
Confabulando historias
el tiempo se desnuda
y prosigue mañana
para ver en el sueño
de nuestra frente un sueño.

Elfos

¿Qué es uno para sí mismo?
Una carcajada en el abismo.

Este cuerpo que somos
de raíz amarga
se alimenta de aromas.
Es la fuente del aire,
su casa,
su palabra.

No permito a nadie, ni siquiera a
Elohim, que dude de mi sinceridad.

LAUTREMONT

Cómo podré pasar
por el ojo de quienes me miran
si en líos de faldas dicen que estoy metido
con mi reputación dudosa.

Mi palabra —lo sé—
es la prueba de que en el justo
subsiste el mentiroso.

Y cuando te despiertes
hallarás en tus zapatos
flores de cinco pétalos.

Y te irás por allí
pescando mariposas,
mientras moja la lluvia tus palabras
y crecen como espigas tus poemas.

Me quemo en la nostalgia
de tu vestido a un lado de la cama,
como si fuera un árbol
que se mueve en la luz
temblorosa de pájaros.

Porque llueve por ti
sobre la hierba viva
y la lumbre renace
como una espesa alondra de tizones.

Los elfos en la madrugada
se mueren de pulmonía,
porque los rebeldes no tienen almohada
ni mujer que los deshoje
diciéndoles vida mía.

Aunque a veces sucumben
a las duras espinas del deseo
ellas se apartan de las alimañas
y de los casos raros del desasociado.

El corazón de la manzana

Las palomas que latían en su pecho
venían del bosque donde las guitarras
aprendieron la canción de la luna.

Y la señora Sola se alisaba la falda
como la luna pliega su luz
en tanto cede
la rosada llovizna.

Y la joven sentía
estallidos de lumbre
en la nevada cima de sus pechos.

Y la ninfa tiernísima,
oh, grito de mi sangre,
como el manjar de un fauno
se escurría
por los macizos dientes de un barandal.

Y la flor de la boca
palpitaba en la flecha,
juguetona,
de una erupción solar.

Luego venía el grito
de Pan
el vendedor de helados.

DÍPTICO

A Nahum B. Zenil

I

Ay, de los desdichados,
que la vieron desnuda
en la carpa del circo miserable.

Ay, de los que olvidaron
clausurar sus oídos,
esperando tal vez
el oleaje vocal de la soprano.

Debieron dispersarse,
si ya todos tenían
el mismo melancólico rostro.

Pero están junto a mí,
locos, maravillados,

mirando a la sirena
que acaricia la desgastada rueda
del viejo carretón.

II

Donde trabaja el sol
con su pincel paciente los adobes.

Donde la sed del tiempo
como un reptil por los retablos
se sumerge rajando la madera.

A un palmo de la mesa
en la que ayer dejara
las cartas rotas de una lotería.

Detrás de un biombo de papel
zurcido por una seda exacta

está la muerte enmascarada.

Alambiques

A

*Aprenderás buenos modales
de las modelos escotadas,
que mostrarán, si les agradas,
el paradigma de los senos.*

No se equivoca la gitana,
hoy mi labor es ser orfebre
y mi obsesión doma su fiebre

En la ánfora gris de la mañana.
En el ánfora gris de la mañana
se revuelca la sed en tolvanera,
devolviéndome aquella primavera,
tanto más suya cuanto más lejana.

Recuerdo los encajes y la risa,
los brotes afilados de los dientes,
las goteras de leche y los ausentes
alambiques de miel de mi nodriza.

Alambiques de miel de mi nodriza,
melliza luz bajo la luna llena,
la lengua se disfraza de sirena
y por sus bordes duros se desliza.

De ti no sé qué busco, pero creo
que son los niños rubios, los pezones,
aprendiendo a crecer a tropezones
contra el polvo de luz de mi deseo.

B

En la mesa descalza la manzana
es pura desnudez estremecida,
quién sabe si es el tiempo quien la olvida
el que deja una luz en la ventana.

El ramo de corolas más arriba
se reparte entre dos dulces bombones
que en la boca serían dos terrones
de azúcar rebalsando la saliva.

Las uvas rebalsando la saliva
del vino en erección en la botella,
caballería de espuma ya destella
con el corcho engarzado en carne viva.

Con bolillos, con uvas, la raigambre
del olor más allá de la canasta
en llamas sucesivas se desgasta
en el dilema de la sed y el hambre.

Mezcales

In memoriam Malcolm Lowry

Cada poema un lento naufragio del deseo
un crujir de los mástiles y jarcias
que sostienen el peso de la vida.

ÁLVARO MUTIS

I

Habitaba las ruinas.
De la noche no vio la oscuridad,
sino la voz de un trueno
cuando un divino azteca
lo llamó “Mezcal”.

Entonces recordó a qué había venido,
(olvidaba la fecha de la cita,
el lugar y la hora).

Se despidió de ambos para siempre
callando un verso que nos conmovía:
Nel mezzo del cammin di nostra vita...

¿A dónde caminaba?
Al lugar al que van los que no tienen nadie.

Cuando se fue algo faltaba:
su mano en ese vaso a medias consumido
la terrestre emanación de sus palabras

y el libro en el que había
la carta que ya nunca leerás.

Hoy el hueco en el librero es suficiente
para saber que el amor es un vacío.

A mis dieciocho iglesias
y cincuenta y siete cantinas
les he sumado un sueño.

III

—La oscuridad es una maldición —dijo una voz—. Abrir los ojos es lo mismo que cerrarlos.

Y el golpe de la red en los talones te arrastró bruscamente del camino. Entre abrojos tu sombra con las últimas monedas fue rodando. Tu rostro en el descenso no era tuyo.

—Las espinas destilan su veneno —contestó el otro—, ebrio vine hasta aquí. Llegué de pronto. Mi cabeza chocó contra una piedra. Mis manos se anudaron al vacío. Mis piernas son las mismas del ahorcado que me arrancó de la caída interponiéndose a mi sombra. Sé que mañana no saldré de la barranca.

IV

Quizá como palomas
encerradas en un cráneo
vi las cajas.

En la primera el aire me faltaba
con su alba de mezcal.
Encontré la navaja, y la paciencia
me llevó a la otra caja.

Toqué los muros con mi frente
pues ésta me infligía convulsiones
Así mismo sentí la angustia de los nudos,
de las ramas torcidas en el árbol
que no concluye en el hachazo.

La caja que siguió fue una piedra tragada por el agua.
Perdí el aliento.
Con la astilla de una costilla falsa
gravé mis iniciales,
y la caja se abrió
al centro de otra caja.

Nenúfares

Lenguas que fluyen
y buscándose
vienen y van,
vibran en vilo con la llama.
Surge una luz.
¿Qué es un camino?
Y los ojos de felino
suben a gatas por la cama.

Dejé que se afianzara
 en el espacio cósmico
el animal en celo.

Y, revolcándose,
 era un toro picado por un tábano.

 Sus viandas,
 ramilletes de uvas,
me engarzaban al yugo
 como a la enredadera.

La bugambilia se marchita.

El agua

—las alas desplegadas—

desanda

la piel de la manzana.

La cabeza en el lodo de Goliat

en la onda del tiempo

enciende antorchas.

Ayer era un gigante

un alcatraz de hielo en el espejo.

No puedo más
ni sacudirme el polvo.
Es inútil querer sombras chinescas.

Limoso el suelo,
no me repite como antes.

Ya quise arrebatarme,
arrancarme los ojos
y no puedo.

Anidaba tu pelo entre las manos
del yermo que ha quedado en los muñones.

Tu sueño era más cierto que hoy mi cara.

Era el imaginario que nunca conociste.
No estuve cuando tus labios
esgrimían al viento
avisos de veneno.

No fui al que desgarraste,
no fuiste tú el cantar de los cantares.
Y si sabes algunas maldiciones
son puñados de tierra en el vacío.

Bebo el agua
y la boca
se me llena de polvo
y ensimismado sigo.

Me prendo a las ortigas
de los primero tiempos,
donde no hubo manteles
ni la miel despedía
tu aroma petulante,

y sin embargo estaba rodeado de nenúfares.

De
Hojas de octubre
(1995)

Ventanas

Remolinos de hojas muertas se agitan en las puertas y ventanas.

En los altos eucaliptos el viento se exaspera.

Donde un rayo se despojara de sus armas fibrosas, arden las últimas astillas de mi casa.

Hasta los búhos huyeron asustados por sus propios presagios.

¿Quién indujo la hiel de los desastres a romper sus nudillos
contra mí, a quebrantar los huesos de las calles?

Un hilo de conversación —ayer apenas— se quedaba prendido
en mi ventana, como un perfume que yo retenía mucho
tiempo después de haber callado.

Una noche pasaron dos mujeres. Hablaban de una higuera, del
vuelo a ras de las golondrinas.

Les inventé un nombre a esas voces y cada noche las esperaba
como se espera el sueño que no llega.

Hablaban de racimos de uvas en la mesa, de sus rodillas tibias
a la sombra, de su cabello corto de color castaño.

Llovía cuando me desvelé, esperando, y la única conversación
que vino fue la de unos pasos solitarios en las baldosas
frías.

Salí, intempestivo, como un sable de luz en las tinieblas a
conocer los cuerpos de mis voces. Salí para esperar,
deshabitado, mi propia destrucción.

Sé, sin embargo, que los últimos en sucumbir a este desastre
serán los nombres que inventé, esas palabras que ya
olvido como frutas marchitas que se caen.

La cocina tiene una ventana tapiada,
otra ventana, la de mi recámara, se dora como un pan
al sol del día.

Es una casa para solitarios
con un canario que canta cuando está dormido.

La luna me visita por el buzón de vez en cuando,
entonces voy hasta el jardín,
arrojo una moneda a la noche cerrada
y queda la luz girando como un pescado en la sartén.
Son de humo los alcatraces que crecen en la cocina
y el sabor de la música es nostálgico
cuando hay olas de espuma en la cerveza.

No hay mucho qué contar acerca de nosotros,
aparte de que somos dos nos conocemos poco.
Como imágenes rotas en un espejo negro
esperamos reunirnos en el canto feliz del canario enjaulado.

3*

Y una luz destazó el pan enorme del mar
y del sonido que provocó en la noche
surgió la voz desnuda,
su palabra.

Las letras de su boca se regaron como un incendio por el papel,
hacía mucho que montones de ceniza,
mausoleos desolados,
se apagaron en la piel del pensamiento.

Había que inventar
un color que alumbrara los rincones grises del cerebro
y que sólo en la explosión de los deseos
mostrara el corazón lleno de tinta.

Hacían falta pliegos,
el blanco de la nada
donde la inteligencia fuera un hallazgo febril.

* Este poema fue prólogo a *Mujer, mujer divina*, de Teófilo Espinosa Castañeda, Toluca, UAEM, 1994.

No había más remedio que construir en el libro,
 (un diálogo preciso entre Dios y el vampiro),
un templo de arena para ella,
 bellísimo animal en extinción.

Y emprender el ansiado trayecto hacia las playas
 donde agrede el tifón a los viajeros
 con labios como pulpos.

Y arrojar animales de sol,
 flechas vivas al centro de la luna,
 pozo de vanidades,
 espejo donde el amor pregunta por la muerte.

Y morder el anzuelo de sus pechos
 hundiendo en su coraza
 el agudo gusano de la metamorfosis.

Y tocar sus abismos delicados
 donde mana la linfa de una pasión atroz.

Se hizo así este juguete,
mecanismo sutil en las manos vacías de los hombres
remedo de su angustia,
 navaja en la poesía de Maldoror.

Se arma cuando nos hastía
el monstruoso tejido
de las arañas bobas,

cuando afilan la lengua las serpientes
en la tumba de la melancolía.

Cuando se van las pájaras,
cansadas y dichosas
a la fatalidad.

Y se juega al derecho,
a media luz
y a solas,
escuchando un bolero
y al revés,
en las rodillas,
—ah, cortesana del templo—
de una mujer fugaz.

Como atizan los niños el fogón
con un libro de horas,
bitácora de la crueldad,
se desmenuzan los encajes
del poder finísimo.

Con fragmentos orgánicos se forma la dualidad del ser.

Hay un color distinto en cada página
y en cada punto un ojo,
fijo en el infinito.

La brevedad es parte de la contundencia
y la proximidad de la pieza siguiente
no anula la que vendrá.

En el ritual que se propone
el hombre de verdad debe imaginar un cuaderno de estampas
o una galería
donde danzan,
obsesivos,
sus propios arrebatos.

Y cuando los lectores se hayan ido
el hombre y la mujer
la puerta de la noche
compartirán el pan
(la luna)
la voz desnuda
su palabra.

Teo se mesaba la barba y aspirando la pipa su rostro era luego
la dispersión del humo.

Una tarde en que llovía nuestras palabras se alejaron tanto de
nosotros que salimos al campo, a recuperarlas quizás,
pero era inútil,
nacían de la tierra como hongos,
despertando entre la hierba humedecida.

Uno de los dos vio desprenderse de la loma una lluvia de hojas.
Son los pájaros que vuelan asustados, dijo el otro.
Eran un puño de palabras que oímos alejarse.

Los amigos debieran separarse o terminan devorados.

Él se fue. Mejor así que no haber sido amigos.

Los búfalos nos envidiaban por marcar de tal manera nuestro
territorio.

Hasta intentamos una vez desintegrarnos,
vivir nuestra tragedia hasta lo último.

El día que pinté “El niño muerto”,
tomando la acuarela dijo: “Quiere la eternidad, es un
poeta”.

Después pinté una risa en el espacio. Me miré en el espejo y

quedé atónito.

Al despertar me dije: “Tengo sueño, hambre de sueño es la única verdad”.

Cuando Teo abría un libro salían las ideas con la cola
entre las patas,
les daba volteretas y vejaba.

Yo sacaba los libros, el olfato primero, luego el tacto,
y más tarde la mirada.

Allí escancié el amor a las palabras que se volvió repudio.

A mí me gustaban las mujeres que parecían un papel puesto a
secar al sol, casi marchitas, y los muslos como el agua.

A él las ninfulas lo traspiraban con su belleza adolescente.

Las desdeñaba lo más que se podía. No se vive sin daño
cercano al paraíso.

Aunque digan que te quieren se acuestan con otro, nos decíamos.

Así es que decidimos evitar hasta el roce de sus alas,
volvemos a la sombra del cinismo,

negar las mariposas aleteando en sus rodillas.

Ya hombres de a de veras quedábamos muy pocos.

Cuando arriesgábamos coraje deponían sus armas no sólo las estatuas, también los grandes templos se cimbraban.

Nos reíamos en las barbas de la mujer del circo,
mientras las calles empedradas con espejos a veces
se volvían más hostiles.

Cada uno vio el principio de la transformación del otro.
Un día en que salimos a la calle
las ventanas huyeron como picoteadas por un buitre.

Él jugaba dominó con los huesos de la muerte.
Y sin embargo, conservábamos, entre el dolor y la melancolía,
el tatuaje de la risa,
aunque ya todo, hasta la dicha, lo hubiéramos perdido.

No quiero hablar del día en que se fue (el corazón juega fútbol
en el vacío),
pero cuando lo encuentre, cuando vuelva del mar y se
asome a mi tumba
le diré: “Ésta es la prueba de que existo,
ya ves que me estoy riendo”.

5
TÉCNICA MIXTA

A Roberto Fernández Iglesias

Veo el roble desnudo donde hacen su nido las vocales
y un cielo de avellanas

o lunas
o ventanas.

Y dibujo una casa como el libro que escribes,
una casa de sueños con los muros en blanco
y renglones de tejas

sobre tablas
y vigas.

Y es mayor mi alegría que el silencio más hondo
cuando juego en el mar de los colores
a retorcer el orden,
a bucear por el tiempo

hasta encontrar tu risa.

Y qué hay en mi mesa sino dulces latidos,
y qué son tus amores sino sueños,

Y en tu vida qué hay.

Hay raíces volando...

Y la silla que antes fuera rama
guarda el canto
insistente de la lluvia.

Y el temblor de las piedras
tiene el eco del caos
y la tierra baldía.

Y la casa recuerda
los esqueletos tristes de la sombra
que pasan con las horas.

Y las líneas están en movimiento
porque así no podría
desgarrarte la nada.

Y hay papeles de seda
que pueden incrustarse
como un pez en la piedra.

Y yo los acaricio,
pues debajo de ellos,
como una tierna bestia,
nos espera el poema.

Y la
e
se revuelve
en el surco de sal
de la palabra fuego.

Y cae al cenicero de los sueños
la siguiente espiral.

Y mi mano pintando se repite
en el sediento espejo
donde escriben tus manos.

Arrugada,
en el sacapuntas,
un lápiz de color
deja su piel reciente.

Y el invisible trazo
de una golondrina,

luchando por salir,
se hunde en el infinito.

Flores de trapo siembra el tiempo,
trozos de huesos, remembranzas,
solo, el vestido de la muerte
gime en su casa de muñecas.

¿Un poema?,
¿para qué?

¿Para vivir con nuestras plagas,
acariciando la miseria,
como los niños un juguete?

Y mi lápiz,
filoso como lanza,
se clava en la hojarasca de papel
cuya capa siguiente arroja su blancura
contra la luz del día,
poema en espiral
del que tu mano,
desesperada,
arranca hojas,
o soles,
o granadas.

Y mi casa se agranda hasta el jardín
para dejar entrar tu luz intensa de poeta.
Y los frascos de tinta se llenan de tu voz
y al mojar el pincel,
el río circular,
tu memoria que sangra,
o huellas,
o palabras
dibuja en el silencio.

Hojas de octubre

1

Luz,

 melancólico listón
de canela sobre los fucos,
también habitas el país
donde cosecho perlas líquidas.

2

No son palabras.

Son hongos.

Ya no son hongos.

¿Son hojas?

Ya no son hojas.

Son pájaros.

Ya no son pájaros.

Vuelven a ser palabras.

A cambio de la luz
en los cantiles derramada,

de la sal de la espuma
en la grieta del día,

¿qué colores te doy?,

¿qué inmóvil transparencia
le añado a tu vestido

si es puro movimiento?

¡Tantos pesares,
ay!

La espiral de las cáscaras,
en la tinta marrón
de mis venas inútiles.

La casa en el bosque
con hondos ventanales
en los que abreva el sol a sus tizones.

La casa,
que se yergue desnuda entre odaliscas
como un sultán furioso.

La casa de papel,
con un jardín de hortensias,
de palabras,
que alumbran como lámparas
al expulsar su lava.

La cama donde duermes,
nudo de luz,
abrazada a las raíces
como a los huracanes
de mi desnudo corazón.

El caracol de sombra nacido de tu cuerpo
y que va por la noche, en la montaña,
como el feliz aullido de la luna.

7

Entre los frascos aromáticos de café.

Cerca de la madera

donde se sacrifican los tomates

y la cebolla

de adentro hacia afuera

se desnuda lentamente.

A un lado de las tazas de tisana

que se hinchan en el hueco de la mano,

junto al jarrón del agua

que despide una luz,

una ventana.

Sobre la mesa

donde se abren los platos como un ramo de lunas.

En tu costado,

como un higo encendido,

mi corazón creciendo.

Era una mujer a la que le crecieron alas. Como todas las que soñé, cuando vino la luz se desvaneció. Esa madeja de seres enredada en el tiempo ya no tenía sentido.

Los encuentros no perduran y lo único cierto es el fracaso y la desesperanza, la única verdad es la nuca de los espejos donde la risa absurda de los instantes se desgrana.

Pero sus senos en el espejo de la luna repetidos se afilaban. Era una palabra, ¡dicha!, encuentro en un campo de batalla, caída del guerrero con las rodillas rotas.

¿De qué color diré que fue su sexo? Ese melón rasgado en que me vuelco con la memoria firme, sembradora de sombra que la niega y la encuentra.

Y el mantel compartido, su risa que se vertía como el fuego en los vasos, sus guisos que endulzaban mis celos, ¿adónde rescatarlos? Le gustaba la nata a la glotona y en la marea de su boca carnívora un altísimo barco naufragaba.

Celebración

Son espigas de trigo
sobre la tierra fresca,
corazones de venas palpitantes,
granos de sol que vibran
mis palabras.

Las digo para ti,
para que bebas luz
cuando la sed te ponga
nudos de humo en la garganta,
cuando las tardes tengan
el sabor necesario de un remedio.

Dulcísimas canastas
hinchidas de colores
para tus ojos tristes,

olas bravas de música
para la voz que crece
como un mar en tu cuna.

La tilde
como una pincelada
sobre la enorme O
de la pupila.

Y en la mitad idéntica
la ceja
como un acento
cayendo en la vocal abierta,
—oh, la niña feliz de tu mirada—.

Una risa que vuela
como la tinta en agua diluida,

una hormiga en la página,

una leve señal.

La preñez de la luna,
el abombado cielo,
destila hebras de lluvia.

Una mujer prepara telas finas
para envolver al fruto de la noche.

Recuerda mis poemas
y los dice temblando
al caracol marino de la fuente.

En su interior se mece
nuestro niño dormido
que sueña con el mar.

Mi corazón,
delta de venas,
puso en mis manos la palabra,
el hijo vivo de la luna.

Mi corazón,
dulce avellana,
despedía por sus heridas
el suave olor de la madera.

Mi corazón se reventaba
cuando tu cuerpo floreció.

Soy ocioso,
 tristísimo
pongo el alma en la mesa
 como un fuego afilado
 penetrando en la noche.

Me quedo a contemplar
 la danza de los fresnos
 y espero a que tú llegues.

Eres un terso gato,
creciendo,
 iluminando,
el arrullo del viento te adormece.

Eres un pez nadando entre la leche,

entre la luz del mar,
 el naufrago del sueño.

Eres un sol violento,
el grito de un volcán,
un perrucho tiernísimo,

un fauno juguetón
bebiéndose a la luna.

Lluvia

Gime la lluvia en las acacias
como un temblor de alas en el polvo,
por los muros se filtra el mediodía
y flota en el silencio un aroma vegetal.
Queda el jardín desnudo del verano,
queda un demente caracol
con un armario a cuestas
y la augural mudanza de ir muriendo.

A otro lugar de la memoria vuelo
donde el misterio no te conocía,
el delfín de tu lengua
desnudaba sus frutos
y se insinuaba con la voz del viento
como un sable de luz entre la niebla.

Otro nombre el temor
adquiere en esos sitios
de voces cerradas en los sótanos,
ventanas como lunas
asomadas al pozo de la calle,
sin más pan memorable
que el agua taciturna en su caída.

Lo mismo que a las rosas
—pensó la mamá—
le van creciendo espinas.

Le extrajo una de la espalda,
sin saber que era el ala naciente
de una mariposa.

Ala de luna

Te acordarás de aquella ceremonia,
la del azúcar en tu mano
y mi lengua surcando tu destino.

Me acuerdo de esa mano,
era la superficie de un espejo
donde el deseo se inclinaba para verse la cara.
La cara del deseo era inasible siempre
y bebía reflejos de las sombras.

La vi como la luz,
la estreché contra mí como un hechizo
y el tiempo se detuvo:

el pulgar era el sol de los prestidigitadores,
redondeaba los vasos transparentes,
alisaba las páginas de un libro,
peinaba sus cabellos
y la luna es la uña que esa piel coronaba.

La rosa de los vientos la reproduce el índice,
es la aguja que marca el norte de la brújula,
el que toma la nata y pide palabra,

el que vuela en la ceja
como ala de una paloma lúgubre,
el que dice silencio en el desván del sueño.

El medio te acariciaba los labios y perfuma.
Se asoma a los rincones,
es un géiser que invade la memoria,
columnata de todos los palacios,
el altísimo tallo de la aurora.

El anular es un adolescente.
Los otros lo rodean y él sigue ensimismado
con ademanes lánguidos y siempre femeninos.

Meñique es el menor de los hermanos,
por él se va a la casa de las muñecas,
a la muñeca rubia que sostiene la taza
con un sonido tibio de pulseras
que levanta su falda, se mira las rodillas
y sabe todo el mapa de memoria,
excepto las regiones del adiós.

Por cuanto llevo dicho
(y es más lo que callo),
afila el vuelo y la garganta de los pájaros,
alcánzame algún día la luna solamente
y retén los planetas,
o arrójalos,
como quien hace trizas un violín
al mar de los abismos,
la suma de tus dedos es más que todos ellos.

Como besar el agua es tu llegada
y si te vas
los clavos de las puertas
son un sinfín de astillas en mis huesos.

Tu mejilla me sabe a manantiales
a duraznos de cielo en primavera.
Cuento el ir y venir de días aciagos,
colecciono miradas
como si me bastaran.

La miseria me roza con sus faldas
y por no haber más pan que me alimente
me comí ya las uñas de una mano.

Fui maestro en el arte de injuriar
—acaso lo supiste—,
escribí porquerías en los muros,
pero ahora mi suerte confabula
con la memoria para hundirme.
En los huesos me quema la nostalgia.

Quiero hallar la metáfora precisa
que te enrede de fuego hasta los hombros.
Inclínate al brocal de las estrellas
para ver el reflejo de tu cara.

Si no fueras quien eres lo mismo te querría
y sábelo,
 abril no me retiene
sino la servidumbre a ti,
luna encarnada.

Estoy harto de órbitas perennes,
del chupamirto en amoríos,
casi chispa del aire,
que emplumó en la ventana a sus polluelos.

Me irrita, cual si en mi pecho rebotara,
el agua cristalina de este río.

El movimiento en tus cabellos
es un turbión azul de maremotos.
Y me miro en tus ojos,
 cada instante una arruga.

Los botones florecen en tu blusa,
los puentes me murmuran

el rumor de tu falda:
la luz la supe negra en tu mirada.

¿Cuánto voy a vivir de esta manera
—acezante paloma sin arista
descoyuntada nave en contienda pretérita.

No creas que es por ti
por quien me llaman solo.
Estaba señalado en las estrellas
que mi voz en las noches vagaría
entre el viento y las hojas y la niebla.

Allí va su fantasma,
dicen de mí las calles,
y qué saben
si apenas las rozaron mis huellas.

A mis huestes se acercan
estrafalarios cómicos
por ver si así se alegra
mi corazón ayuno de luciérnagas.

Antes vinieran reyes
si en vez de desdeñarme me quisieras,
si tu aliento de menta
alimentara mi melancolía.

Qué bueno que perdí hasta la risa
para no envenenar esta amargura,
otras veces frisaba los palacios
y mi boca en holandas desmedraba
al temerario candelabro
y a la pulcra candela en un relámpago.

Qué pena sentiría de mis pasos
en avanzada de cangrejo
si no hubiera acertado en el payaso
la herida que robé al lanzacuchillos.
Lo adiviné en las llamas que brotaron
de una ardiente cascada:
aunque diga que es tuya
la mujer es de otro.

Augurios para ti no son propicios
ni la miel de su voz,
ni las palomas quietas en su pecho.
Tendrás que dar por muerto lo perdido.

No quieras acordarte
de cuando hiciste sitio a dorados portentos
y venciste después, desengañado,
de que tu triunfo anclara en el olvido.

Más te valiera no quererla
y si acaso persistes en tu orgullo,
no te desangres
(sigue ávida la tierra
por ocultar los cráneos insepultos),
cuantos millones son los vivos
bocanadas de polvo habrá mañana.

Revoca la sentencia de perderla
o morirás dos veces:
una por cada soledad que cargas.

De
Castillos de luz
(1997)

El gran arco de fuego no vacila
en mostrar, a la flor del pensamiento,
el vuelo que es un puro atrevimiento
entre el juego y la duda en la que oscila.

La vida se convierte en otra cosa
en los entretelones del disgusto,
la forma se deforma en un arbusto
por su sombra torcido hacia la rosa.

El escenario en sombras se contrista,
pero tantos colores de improviso
alegran los trombones del oído.

Es una fiesta, sí, para la vista
que brilla como el cuerpo de un erizo
por sus propias espinas perseguido.

Se desvanece un sol, pero renace
con llamas abundantes de reflejos,
sin embargo, no existe ni se hace,
en la nuca de lóbregos espejos

otra cosa que aliente la mirada.
A qué buscar entonces maravillas
donde la tempestad incluso, es nada.
Fraternizan gusanos en gavillas,

se desentienden luego liberados
y en tierras que no son las que dominan
admiten como suya la clausura.

Qué frágil soledad en todos lados
de tallos en el alba que declinan
y castillos de luz en la basura.

Es probable que fuera la ceniza
que calló hasta tu lengua, paladeaste
el sabor azaroso del desgaste
de nuestra casa en ruinas. La cornisa

rebotó en el calor del cenicero.
Algún pilar produjo en la ventana
un estanque de vidrios. Anodada
yacer bajo la luz del aguacero

e imaginar tal vez que fue el graznido
de un deseo encerrado en el concreto.
Pero no, la techumbre inconfundible

sabía el sortilegio y nuestro nido
fue castillo de arena, el esqueleto
de un animal de pronto ya inasible.

Pisaban en la arena de las dunas
la noche de una historia del futuro,
él era un sol, avasallado muro,
la suma de ella eran dos medias lunas.

La hora de la ira del más fuerte
compartieron tabaco y sendas tazas,
ella no vio cenizas, sólo brasas,
él, columnas de humo hacia la muerte.

Esta historia soñada se complica,
cuando uno de los dos siguió la guerra,
pero la muerte del juglar lo explica:

murió de no contar sino el olvido,
el amor encubierto de la tierra,
que nos hace un guerrero dividido.

Alazán de los vientos, agorero,
asustado en su propia certidumbre,
atiza las arenas de la lumbre
que van del blanco al negro del sombrero.

Ícaro de la sangre bajo el rayo,
ondula en los encajes de la lima,
la cadera se aroma por encima
de islas que decantan en caballo.

Cartógrafo que asciende al aluvión,
un pez es al reverso de las naves.
Al compendio de cielos que despierta,

se detiene al final de la canción
a exhumar los torrentes abisales
y contempla la llave de la puerta.

Se dobla cabizbaja la cebolla
alisándose el jugo de la fuente,
cuando el humo se fuga en el afluyente
camino de la estrecha claraboya.

El cuchillo divide la molicie
y el pan blanco en la mesa del convite,
antes de que por último se agite,
acaricia la extensa superficie.

A la castaña el agua se encamina
con un rumor de peces temblorosos
que buscaran la cresta de las olas.

El amor luce así en esta cocina
bocados en decúbito sabrosos
que llena de rumor las cacerolas.

Mejor que te perdiste, la tragedia
no estuvo en demorarnos una tarde,
sino en los amuletos. Cuando guarde
tu rodilla de fuego de la media

me acordaré sin fin aunque no quiera.
La soledad que amé junto a la mía
me morderá en la zarza y de alegría
soñaré con la luna, de manera

que si la miras a la misma hora,
un diálogo de astros, tumultuoso,
cifraremos así, como dos mudos,

entrelazado el sueño que te añora
con la propia vigilia de tu gozo,
los cuerpos de su espíritu desnudos.

De
Abecedario
(1999)

Con estas veintiocho letras se fundan y se destruyen imperios y famas, con ellas se escriben cartas de amor perfumadas con pachuli y se redactan, con sangre ajena, condenas de muerte. Con ellas yo no sé si Homero escribió la Odisea y Esopo sus Fábulas, porque los dos eran ciegos, pero alguien, de todos modos, las escribió. Con estas letras se hacen los periódicos y las leyes, con ellas se hicieron la Revolución Francesa y nuestra Constitución y con ellas yo, tu padre, escribí, con el seudónimo El Hijo del Águila, mis ditirambos contra Hippolyte du Pasquier de Dommartin, uno de los primeros cacos franceses de los tantos que, por Sonora y su Plata, le vendieron el alma al diablo. Con las letras se da la vida a las causas y a los hombres, con ellas se les da muerte. Con ellas, acomodándolas unas veces en una forma y otras veces en otra, en grupos de dos, de cinco o de veinte y luego poniéndolas en hilera, tú podrás ayudar, hijo, a escribir la Historia de nuestra Patria, así, con mayúsculas, y escribirás tu propia historia, para bien o para mal, para tu honor o tu vergüenza...

FERNANDO DEL PASO
Noticias del Imperio

ÁRBOL

Asoman entre su melena
Rojas chispas de luz.
Brotan desnudas, sus ideas.
Oye, sobre sus ramas temblorosas,
Los aletazos de los colibríes.

BIBLIOTECA

Busco una cosa entre las cosas,
Infinita como los laberintos.
Busco, entre los instantes de este día,
Libros que digan lo que soy.
Ignoro tantas cosas...
Oscura es la verdad
Tanto tiempo escondida,
Elusiva pájara entre los surcos.
Cuando abro los libros se disipa
Arena de mis ojos, leo.

CASA

Como los caracoles

Amo la casa de mi alma.

Sueño que subo por sus escaleras,

Alado, como el humo.

DANZA

Dibuja con sus pies desnudos
Algunas huellas pequeñas.
No camina, revolotea,
Zambulle su hermosura,
Abismal, plena de música.

ECO

¿Es mi voz que regresa
Cuando da con la piedra?
¿O la piedra que viene hacia mi voz?

FUEGO

Furioso como la uva
Uncida en el alcohol,
Encadenado a su tortura,
Gruñe sobre su presa.
Ondula celestial, huracanado.

GAFAS

Gafas o bicicleta,
Auriga de mis ojos.
Fanal en horas negras.
Águila que contempla,
Satisfecha, la letra.

HOJAS

Heliotropo, mi página.

Odre de los olores,

Jardín donde se aman,

Absortas, las palabras.

IDEA

Ignoro lo que hay en mi cerebro.

Después de todo,

El corazón es el que canta

A través del poeta.

JAMELGO

Jadea mi cabello,
Anda quizás enfermo de locura.
Me arrastra contra los espejos,
Ecos de pesadilla.
Landa donde germinan
Gigantescos espinos,
Ojos que me vigilan.

KAFKA

Kafka soy mientras duermo.
Al despertar, soy algo menos.
Fatalmente viajero,
Kafka entre los insectos
A pesar de los sueños.

LUNA

Luna, hoja de plata,
Umbrío en esta noche
Navego por tu espuma,
Abatido de luz.

MAR

Morir es regresar

A donde estuvo

Reposando el mar de nuestra sangre.

NACER

Nacer es despertar,
Asombrarse del tiempo,
Correr para esconderse de la noche,
Escribir nuestra historia personal,
Reír, estar alegre.

EÑE

Escribo en mi abecedario:

Ñ, la letra niña,

Es una imagen del dromedario.

ODISEA

Oh, musa canta,
De los hombres los prodigios,
Infiernos, luchas, quebrantos.
Su alma es una sola,
En el mar vinoso. Náufragos,
Aunque encuentren otra tierra.

PUENTE

Para ver el más allá de las cosas
Un puente de palabras
Escribe tendido hasta el infinito.
No creas que nuestro planeta
Termina donde acaba tu nariz.
Encuentra los mundos del mundo.

¿QUÉ?

¿Qué somos, para qué, de dónde?

¿Una respuesta queremos?

¿Estamos para siempre aquí?

RAMO

Rojo de pétalos,
Arrancado al rosal,
Mece rítmicamente su fragancia,
Ofrenda su belleza y desfallece.

SABIO

Sabe que no sabe nada

A pesar de lo que sabe.

Bebe sin beber el agua

Inmaculada del libro.

Observa, escucha, ¿lo oyes?

TARDE

Tiempo, detente un momento,
Ayer apenas jugaba
Regresando de la escuela.
Déjame soñar despierto
En que tu luz se congela.

UVAS

Uvas hay, uvas que sangran,
Vid como vidas humanas,
Arterias como vinos rojos
Saliendo del corazón.

VUELO

Volar entre los ángeles.

Unir y separar las alas.

Escondarse en las nubes.

Levantarse sobre las catedrales.

O simplemente ser un pájaro.

WHITMAN

Walt Whitman:

Hay por encima de las hojas

Incontables hormigas,

Tú sabes que son signos,

Moléculas de Dios

Acariciando el cuerpo de los astros.

Nacen en este instante, cantan.

XILÓFONO

Xilófono, mi poema,
Instrumento al que se sirve
Leyendo letra con letra,
Óseo cuando no se finge,
Formado con la madera
Ocasional del vacío,
Nacido de la belleza
O de un bosque bajo el río.

YEDRA

Y si descendiera
En la carne del tezontle,
Duraría,
Rambla vegetal,
A través de la noche.

ZARPAR

Zarpar, volar, no tener otra patria

Antes de morir en tu cuerpo.

Romper cadenas y remos,

Pensar que podemos ser

Áncora o precipicio,

Refugio para otro cuerpo.

ZOZOBRA

Zozobramos, nos vamos
Ocultando en el humus,
Zurcimos en secreto
Orillas de la ropa usada,
Besamos la fotografía
Recién sacada del fuego,
Aramos con nuestras uñas.

YESCA

Yesca para los siglos,
Escombros ilusorios,
Sobras de hombres,
Copos, cronopios,
Alimento de los gusanos.

XIFOIDES

Xifoides ¿realmente vives?
Ingrávido, preguntando,
Farfullando voy tu sitio.
Oigo que caes de pronto
Indiferente a mis planes,
Desprendes de tu clavija
El peso de mi existencia,
Sin saber que soy tú mismo.

WALT

Walt Whitman: otra vez
Atraviesas el bosque,
Levantas una brizna,
Te demoras, gorjeas, vagas.

VIDA

Vi soles
Imposibles de contar,
Dársenas donde llegaban barcos,
Apariciones, mujeres.

USTED

Un día, quizás, en algún lugar,
Servirá su corazón en un plato,
Traerá tazas de su alegría.
Entonces venceremos la distancia,
Desvelaremos la noche, los dos.

TELA

Te ciñe, te arropa, te lleva
Entera, juega con el aire,
Levanta la mirada
Al oro de tu carne, cae.

SILLA

Sentado, ciego de tanto mirar,
Imagino las avenidas,
Las ventanas de la ciudad.
Llueve desde que nací
Al filo de las tempestades.

RISA

Rosa feliz,
Incendio de luceros,
Sabes a boca fresca,
A beso siempre.

QUEMAR

Quemar las naves,
Ulular cuando separados
Estamos uno sin el otro,
Muriendo sin morir,
Amándonos en el helado
Rescoldo de muertos recuerdos.

POEMA

Pero los hombres
Olvidan sus palabras
En el otoño que comienza,
Mueren de muerte natural,
Andan a tientas por la selva oscura.

OBRA

Ocupado en picar piedra
Bajo al fondo de la mina.
Rompo el filón de la tierra.
Algo encuentro: la neblina.

EÑE

Encuentro letras ocultas,
Ñagazas del alfabeto,
Entre el sonido y la furia.

NADIE

Nadie vuelve a su Ítaca
Aunque venza a Poseidón.
Dirige sin saber su barco,
Invisibles hilos lo llevan,
En dirección al purgatorio.

MANO

Mi casa está construida
A orilla de una laguna,
Nace de la tierra y crece
Oculta por grandes flores.

LIBRO

Libros por todas partes,
Invadiendo como la enredara
Barandales, y hasta los muebles,
Recargándose contra las paredes
O sentados, leyendo un libro.

KNOCK-OUT

Knock-out: el escritor

Ovillado sobre la página.

JUGAR

Jugar mientras el lobo
Urde la trampa, demorarnos,
Golosinas vivísimas
A punto de caer
Rajados por sus dientes.

ISLA

Ignorar hasta la roca
Sobre la que florecemos,
Lejanos de las orillas,
Ausentes de los demás.

HAMOR

Hacer con mala ortografía
Amorosos poemas de tan loco.
Morir en el intento de alcanzarte
Otra vez con el pecho deshojado.
Reírme de quien tú también te ríes.

GESTA

Gozar el crujir de las jarcias,
El golpe seco de las olas,
Ser el que mira más allá,
Telescópicamente, solo,
Albatros, Maqroll, marinero.

FLOR

Fumarola de varios pétalos,
Luna, da cuando te desnudes
Oro líquido a la penumbra,
Respira a través de mis huesos.

ELLA

Eres la letra que faltaba.

La enredadera del abrazo.

La brasa que encendió mis besos.

Andas hasta la médula del alma.

DUDA

Diente de león.

Una hoja del campo.

Dejo que las cosas pasen

A mi lado. Sé que soy inmortal.

CAMA

Cruzo los pantanos.

Atravieso los desiertos.

Merodeo entre las fieras.

Amanezco de la cacería.

BESO

Besamos nuestro temblor
En el agua que bebemos.
Sedientos de algo sagrado,
Oramos con nuestros cuerpos.

AMOR

Alcancemos el fruto,
Mordamos la flor de su dulzura,
Oscilemos como la manzana,
Reflejo fiel de nuestro corazón.

De
El corazón del fauno
(1999)

No todas las mujeres son Helena, lo sé,
pero Helena habita en sus almas.

Querida:
también en la tuya,
por eso te quiero.

No podría quererte de otro modo.
Imagínate que ves
un campo de mujeres,
todas blancas, de plata:
¿qué habrías hecho
sino quererlas?

WILLIAM CARLOS WILLIAMS

Sus voces vienen de muy lejos. Son el eco de otras voces. Me recuerdan a las niñas prisioneras en colegios, desde el alba hasta el atardecer. Sus manos asomadas por el zagúan como pequeñas mariposas, sus ojos húmedos, sus vestidos perfumados, floreciendo.

Sus voces cantan a los pájaros que cruzan el espacio por encima de las altas bardas, sus manos acarician a la distancia las alas de papel de china. Su corazón se abre como los girasoles, como las bocas con las que pronuncian los frutos de este día. Enrojecen las manzanas dibujadas con un lápiz de labios sobre la seda del papel.

Lamento haberlas visto desde siempre. Me dejaron la nostalgia y el ansia de partir apenas llego. Voy comprando el ébano y las perlas como quien sabe que paga con moneda falsa. Soy pobre desde que me dejaron la opulenta sazón de sus caderas. Malgasto las horas en buscarlas. Las calles son como montañas a donde llegan en parvadas, zurean dentro de sus vestidos sin sospechar el miedo. Caigo enfermo entre sus brazos, ardo de fiebre, me transformo en un esclavo. Deliro. Vuelo.

¿Qué cosas insospechadas guardan? Una máquina para moler las sombras, una luna negrísima en el cuello, un libro de noches donde sus ojos incontables parpadean.

Recuerdan con su cuerpo, llevan a flor de piel sus pensamientos, una lluvia de llanto estalla en sus pañuelos.

Persiguen al fantasma de sus pasos por escaleras que terminan en un muro. Su sombra es una espiga que crece en el silencio.

El mar de mi niñez se sigue llamando cielo. Los piratas venían al asalto desde barcos de nubes, rompían el oleaje con sus largos cuchillos. Sus golpes, como truenos, destazaban las jarcias de mi pecho.

Pero el agua de tu vestido es más azul, flotan en tu cabello las hebras de Medusa. Tu cuerpo navegable me lleva hasta las islas del infierno.

No te busco en el cuerpo, en el alma te busco, en las horas pasadas. Entro en las viejas casas, desempolvo las camas, me sumerjo en las piedras, te llamo y no respondes.

O hablas a la hora en que no estoy, te contesta la lámpara apagada. Sobre la mesa vuelan las páginas, negras como las urracas.

A veces, cuando abro algún libro, salen volando sus mensajes con la huella de la espiral arrancada. Sus labios, otra vez, saben a hierbabuena.

Paseábamos por la ciudad como por un museo, nos asombraban los olorosos bodegones.

Al reverso de esta página voy a escribir su nombre. Cuando ella lea, una paloma se irá hasta sus manos. Dos palomas. Mis palabras volarán como bajo las cúpulas de las catedrales. Sabrá que no la olvido.

Ahora que pasan los paraguas sobre la sombra de los hombres,
pienso que en algún lugar ella camina con los pies mojados.

Me contaba que su madre la tumbaba sobre la cama, mordía sus
rodillas haciéndola reír. A esta hora deberá llegar a casa, ella la
desnudará, la envolverá en un templo de perfumes exquisitos
para borrar las huellas del vampiro. Yo acariciaré las cicatrices
de sus dientes, invocándola.

El sol me hace una piel de leopardo a través de los árboles. Yo busco las señales, interpreto el vuelo circular de las aves de presa, avanzo entre las altas hierbas.

Hay huellas de pisadas en el polvo, el aire me trae un olor suave. Una cabellera de heno descende como una cascada, descubro un triángulo de sombra, un flanco se desnuda provocando mi gula.

Ellas, mientras tanto, olfatean el miedo, se saben dueñas del terreno y sorprenden al cazador, con mucha más furia cuando están heridas.

Poemas dispersos

Antes de la palabra,
antes de que mi boca
comenzara con su eco de espejos
a repetir tu nombre,

estabas en el número,
en la cuenta de siglos que pasaban.

Antes que en mi corazón
fuiste en mi frente un sueño,
la fuente de una idea.

Fuiste mi mano alzando un arco,
pintando
entre un bisonte y la pradera,
fuiste la rosa de los dedos,
diez antílopes fuiste
danzando contra el tiempo en la caverna oscura.

Fuiste mis pies que pasaban,
gruñendo por el miedo,

embestidos por el ansia de ti,
descalzos en la noche de los renos.

Fuiste la que me dijo cuando yo les dije
incorporémonos,
su nombre es una piel tensa llamándonos,

es el mar que retumba,
es la luna que brama,
es la granada del silencio
derramando la miel de su palabra.

Hoy la lluvia amaneció llamándote
y la sed de la tierra
no se pudo saciar.

La mañana me trajo
la fruta que comimos
entre música y besos.

Una muchacha
dibujaba manzanas en su boca,
otra muchacha
tenía dos manzanas,
dos aureolas de seda
colgando de su blusa.

Las mujeres llevaban
caderas de manzana,
escondían un centro de manzana
bajo sus ropas delicadas.

Tú llenaste mis manos de manzanas
en éste y en el otro paraíso.

Como quien corre sin freno
hacia la muerte
—y su correr es vivir—,

como quien tiene
por toda posesión
la estrella más lejana,

como quien sabe que deambula
—sombra,
 fantasma—
por los desiertos patios
de un caserón en ruinas,

como quien cae
—y mi palabra es un caer
que no termina—,

así te quise,
así te quiero, amor,
—sin esperanza.

NÍNFULA

Si quisiera como quieres
sería un mar volando,
con labios,
con senos,
con geranios,
una ola de alas
en el desnudo cuerpo de los astros.

¿Por qué quieres querer
como ya nadie quiere,
con tus huesos crujiendo
bajo el caparazón de los zapatos,
como las hojas secas
en el otoño diáfano?

Yo recorro la selva,
deletreando,
y no puedo saber
cómo tienes los flancos de pantera

y eres un corazón en flor,
una mujer de abrazos,
esperando.

a Blanca Aurora

Quebrado, tembloroso, escribiré —por hombre— lo que suscita a la distancia tu nombre, querida Blanca Aurora.

Toda la página encendida, lecho de las palabras por venir, espejo de la ausencia, lejanía.

Blanca, como ese torbellino de luz, cuando el amor se aviene con el cuerpo recobrado: torbellino de risas y de flores.

Blanca caricia de la mano niña, blanca luz de la aurora que bebieron los pájaros y que brota, como canto rodado, por el río del aire.

Hora en que los instantes se queman sobre las rosas, en los amantes que se besan, en los ciegos que comienzan a tientas su batalla.

Vámonos con Itzel, con Indri, con quien quieras, a inventar en el campo los colores. Es la página en blanco de la vida y no tenemos, Cronopio, para jugar, más que este instante.

Yo quiero
 conocerte,
 quiero saber
 quién eres
en todos tus momentos.

No quiero ser
 lo que nunca pasó.

Quiero
 que tú me quieras
que sientas la nostalgia
 de los trenes
 de los días que faltan
para verme.

No basta
 con que yo te quiera.
 ¿Dónde estabas
cuando vivía solo
 y sin cadenas,
 cuando en el vino amargo
 de la melancolía

me asomé
a la ventana
y no te vi?
Si sólo me quisieras,
si viniera
tu cabellera
con uvas derramadas,
si vinieran tus caderas
a dibujar un monte
con sus alas,
mis manos volarían sobre el fuego.
Ve cómo van
dibujando
la columna vertebral
de las almohadas.
Penélope
no tuvo un lecho así,
la cama con más trinos,
ni más
pájaros
músicos.
Y son las sábanas del mar
sobre tus muslos
las que llegan
volando

cuando te estoy queriendo.

Quisiera

no quererte,

pero siempre te quise.

Callada, secretamente,
una flor entre las hojas
en el árbol de mi frente,
te comparo con las rosas
en el jardín de lo diario.
Converso como si fueras
el amigo imaginario
con el que los niños juegan
cuando se han quedado solos.
Y si alguien les preguntara,
ellos qué van a decir.
Levantarán la cabeza
sólo para presentir
que siguen estando solos.

TÚ

No se escribe porque se viva,
para vivir se escribe,
para andar menos ciego
en la ciudad de los espectros,
para ser uno mismo
o simplemente por amor al papel.

Cuando lo toco
te presiento dichosa
entre las sábanas del alba,
te adivino desnuda
o con apenas algo
que exacerbe la sed de la mirada.

TÚ, MI CORAZÓN

Mi corazón, el verdadero,
es un puño de alas para ti.

No el falso corazón,
metáfora del tiempo,
que cuelga en los quirófanos,
vísceras de las moscas y los médicos,
sino el bulbo que late prisionero
detrás del esternón
y se inunda de luz cuando te acercas,
como si fuera un sol el que aparece
andando de puntitas hacia mí.

PIEDRAS

Muy dentro de las piedras
habita un corazón que apenas late.
Su resistencia viene
de una raíz amarga.
Lanzan relámpagos
sin esperanza alguna.

Su terquedad consiste
en mantenerse intactas contra el sol
y no moverse nunca,
por más que los reptiles las remeden
en su quietud de siglos.

El poeta golpea su cabeza
para que brote el agua
y de la piedra gris
una flor diminuta,
de piedra,
se levanta.

LÁPIZ

No sabía de ti,
aunque latías en el árbol altísimo,
aunque una lágrima de trementina
me anunciaba tu aroma.

Cuando en la escuela, entre una turba
de muchachos salvajes,
la soledad mordió mi corazón,
te volviste silencio conmovido.

Entre la sed rabiosa de los perros
que siguieron comiendo de mi pecho,
tú eras una rama para saciar la sed,
apenas un temblor,
cuando los ojos fríos del espejo
me miraron sin reflejarse en mí.

Un deseo más fuerte que la muerte
me ataba a sus vestidos,
al trazo en movimiento
de sus caderas tuyas.

Y encontré lo imposible,
el dibujo fugaz de la alegría
en tu cuerpo delgado.

Un lápiz atraviesa
la carne tibia de mi corazón,
y mi sangre es la noche
que empieza a derramarse.

LOS ÁNGELES

Los ángeles vinieron a la higuera.
Pero ya no son ángeles,
sino un rumor de alas, una sombra.

Yo los miro asombrado,
los escucho conversar sin palabras.

Cuando trato de traducir en signos
su callado misterio
me ciega la blancura del papel.

De mi lápiz transcurre hasta su oído
el silencio de Dios, lo que los hombres
llamarían amor, si fueran hombres.

ESPIRALES

Construyo con imágenes de aire
espirales eternas
que al instante siguiente se olvidaron
como se olvida un sueño,
profecías de fe que no se dicen,
se escriben para nadie.

Arquitectura en llamas
en medio del desierto.
Por sus muros de arena
la serpiente del tiempo.
La serpiente que muerde
el talón tembloroso de la fiebre.

MANDALA

a Nahum B. Zenil

1

El papel es el mundo donde creas,
padre de tus criaturas fabulosas.

Todas tienen tu rostro,
persuadidas de que el tiempo las forma,
las transforma en imágenes de agua.

Si rasgara una mano
el tejido de tiempo del papel
encontraría un cuerpo,
tu desnudez total;
debajo de la piel, un corazón
abrasado de espinas.

¿En medio de tus personajes,
cuál serías, Nahum?

¿El que cruza el jardín
soñando golondrinas
o el que asoma en el cuadro,
la ventana, para ver desde allí
al que se acerca
pensando en dibujarse?

Tal vez estás pensando
en que otro te piensa, te imagina,
te crea como eres, pero distinto a ti,
en un mundo perfecto.

2

Abres de par en par
las puertas de madera de tu casa,

de tu casa que tiene tantas puertas,
para brindar el pan de la amistad.

Pero nosotros,
qué somos sino sombras,
hombres de sombra incrédula
que te vemos pintar,
entre el polvo de las alas sagradas,
la mariposa en vuelo de tu letra viva.

Otros ponen ladrillo tras ladrillo
para ocultar su miedo de ladrones.

Tú colocaste adobes de Tenango,
tejas de barro fresco,
tablas para sentir los oyameles

y sentarte a mirar en libertad
cómo vienen los ángeles,
los pájaros, los hombres,
mojados por la lluvia de otra tarde.

3

Yo construí una casa
inspirado en la tuya.

Ya mi casa es tu casa.

Tú la pensaste sin pensarlo.

Tú fuiste el albañil
que subió como sin peso, jugando,
las vigas de mi techo.

Cuando escuche mis pasos
por los pisos pentagonales, rojos,
no sabré si eres tú.

Pero sé que te debo
la idea de que todo
sea mejor de lo que vieron ellos.

RÉQUIEM PARA OCTAVIO PAZ

1

El hombre es lodo,
polvo que anda por el llano.

Eres un hombre simplemente,
bajo los sauces,
bajo los chopos.

Piel en la que se sumerge la luz
por un instante,

carne doliente
germinando sílabas,

no sílabas tan sólo,
sino frutos del alma.

Se abrazan en tu cuerpo los amantes,
el mundo recomienza.

En tu cuerpo de tierra
florecieron diamantes,

reventaron las piedras,
crecieron las palabras.

Entre un momento y otro
pasaron muchos años,
se hizo la luz más clara,
el águila giraba en su ascensión.

Como un niño asomado en sus juguetes
viste el cuerpo hechizado de la tierra.

2

¿Qué vemos en el cóncavo azul
de tu silencio?

¿La luz cayendo a cántaros
sobre la desnudez de las muchachas?

¿La sombra del sol que se recorta
hasta volverse punto suspensivo?

Entre la luz y la sombra, la página encendida,
la blancura en que escribo,
poesía.

3

Mi casa, Octavio,
es la cueva del polvo.
El aire la embiste,
la carcome.

Se arremolina el sol
rozando los adobes con sus belfos.
Las cortinas tamizan por sus hilos
el aroma del bosque.

En las vigas crujen las venas rotas.
Los pájaros anidan en las lámparas.

En los negros espejos
caen las lentas hojas.

Mi mujer se hace amarga como una bellota,
se arruga como un trapo,
me muerde desde el fondo de sus sueños.

una estrella de mar navegando en la noche.

No has muerto, Octavio,

nosotros nos morimos de soledad.

Cómo habré de cantarte, Babilonia,
si no eres más que una ciudad saqueada
desde su íntima raíz.

Como si los ejércitos
asediaran, incontables, la noche,
las estrellas se vienen torre abajo.

Las flotas asesinas se apoderan
de las plazas y su lago está seco.

Cómo puedo volver a edificarte
para ella, la que llegó
de las colinas de la luna.

Levantaré del polvo los ladrillos.
Arderán en el sol como la sangre.
Se abrirán a la música cien puertas

para que cruce sin temor.
Su imagen en el bronce y en la piel

el perfume del bosque.

Un río vegetal por las terrazas
anunciará que es tiempo de cantar.

Debajo de las piedras la buscamos.
Su foto nos sonríe
desde los muros de la calle,
desde el televisor, en el último noticiero,
su llanto nos implora y no sabemos dónde.

El periódico dice que ya son muchos meses,
denuncia policiaca que se quiere olvidar.

Preguntamos por ella en los tugurios
de la burocracia, en los sótanos del soborno.
Le pedimos justicia a los oídos sordos
de los parásitos del poder,
borrachos insensibles que mastican las leyes.

Devuélvela, Señor,
no la dejes morir en esa pesadilla
con los ruines que escupen,
que maldicen la obra de tus manos.

Mira el dolor que impera en nuestro mundo,
no nos dejes sin ella,
tráela con nosotros,
Hágase ya tu voluntad.

Atarse los zapatos,
desplegar los sentidos en la mesa,
pasar la escoba por la casa
son formas de plegaria.
Caminar bajo el agua,
vagabundear,
tumbarse como un niño
de cara a las almohadas,
ascender por la noche hasta tocar a Dios
en la persona que se ama.

CANTO A LA LIBERTAD

Canto la libertad que nos legaron,
la paz que compartimos, la memoria,
la lucha mano a mano por la tierra,
de dos siglos cumplidos, la esperanza.

Como en “La suave Patria”
al celebrarte me celebro y canto,
eres el coro de los pájaros,
alabanza del tiempo, libertad.

De su raíz antigua, del jaguar,
de serpientes que vuelan,
viene el fuego sagrado de mi tierra,
es el aire y el cielo y es el mar.

Nuestro país cultiva la belleza,
de libros plegadizos de venado
a los libros de luz y de papel
tiene sed de saber, tiene grandeza.

Generaciones, pueblos que dejaron
escrita su palabra nos escriben
una carta de amor, doscientos años,
lee lo que somos tú y yo.

De su raíz antigua, del jaguar,
de serpientes que vuelan,
viene el fuego sagrado de mi tierra,
es el aire, es el cielo y es el mar.

Viene el fuego sagrado de mi tierra,
es aire y el cielo y es el mar.

Índice

- 7 Enrique Villada: la palabra, un caer que no termina,
José Luis Cardona E.



Libro de Horas

De Estuario luminoso (1985)

Primera parte

- 25 El tigre
28 Poema
29 Ave
30 La rueca
31 El perro
32 Peces múltiples
33 Los desconocidos
35 Cementerio
36 Elegía
37 La casa

Segunda parte








- 41 El silencio
- 42 Poema
- 43 Llueve
- 44 Obelisco
- 45 O 
- 46 Ala
- 47 Colibrí
- 48 La mitad 

Tercera parte



- 51 La extinción 

De *Palabras para un viaje* (1995)

Rotación de soles

- 61 *Anudo las palabras, los instantes* 
- 62 *Andar entre la niebla o detenerse* 
- 63 *Jardín donde las voces recordadas* 
- 64 *Jugar con alegría el porvenir* 
- 65 *La higuera de infinitos frutos* 
- 66 *Luces que son instantes* 
- 67 *Recorro en el trayecto de mi vida* 

Obeliscos



- 71 *Garabato y blanco nudo* 
- 72 *A las cenizas atado* 

- 73 *Ese laberinto sube* 🔊
- 74 *Con la espada que ahora vuela* 🔊
- 75 *Danza de los colores* 🔊
- Elfos
- 79 *¿Qué es uno para sí mismo?*
- 80 *Este cuerpo que somos*
- 81 *Cómo podré pasar*
- 82 *Y cuando te despiertes*
- 83 *Me quemo en la nostalgia*
- 84 *Los elfos en la madrugada*
- El corazón de la manzana
- 87 *Las palomas que latían en su pecho*
- 88 *Y la señora Sola se alisaba la falda*
- 90 *Díptico*
- Alambiques
- 95 A
- 98 B
- Mezcales
- 105 I
- 107 II
- 108 III
- 109 IV 🔊
- Nenúfares
- 113 *Lenguas que fluyen*
- 114 *Dejé que se afianzara*

- 115 *La bugambilia se marchita*
116 *No puedo más*
117 *Era el imaginario que nunca conociste*
118 *Bebo el agua*

De *Hojas de octubre* (1995)

Ventanas

- 123 1
125 2
126 3
130 4 
133 5 Técnica mixta 

Hojas de octubre

- 143 1
144 2 
145 3 
146 4 
148 5 
149 6 
150 7 
151 8 


Celebración

- 155 *Son espigas de trigo*
156 *La tilde*

157 *¿Y ha de ser siempre así cuando un sol nace?*

158 *La preñez de la luna*

159 *Mi corazón*

160 *Inventaré juguetes para ti* 

161 *Soy ocioso*

Lluvia

165 1

166 2

167 3

168 4

169 5

A la de luna

173 1

176 2

178 3

180 4

181 5

182 6

De Castillos de luz (1997)

185 1










186 2

187 3

188 4

189	5
190	6
191	7

De Abecedario (1999)

197	Árbol 
198	Biblioteca 
199	Casa 
200	Danza 
201	Eco 
202	Fuego 
203	Gafas 
204	Hojas 
205	Idea 
206	Jamelgo
207	Kafka
208	Luna
209	Mar
210	Nacer
211	Eñe
212	Odisea
213	Puente
214	¿Qué?
215	Ramo

216	Sabio
217	Tarde
218	Uvas
219	Vuelo
220	Whitman
221	Xilófono
222	Yedra
223	Zarpar
224	Zozobra
225	Yesca
226	Xifoides
227	Walt
228	Vida
229	Usted
230	Tela
231	Silla
232	Risa
233	Quemar
234	Poema
235	Obra
236	Eñe
237	Nadie
238	Mano
239	Libro
240	<i>Knock-out</i>

- 241 Jugar
242 Isla
243 Hamor
244 Gesta
245 Flor
246 Ella
247 Duda
248 Cama
249 Beso
250 Amor

De *El corazón del fauno* (1999)

- 255 *Sus voces vienen de muy lejos* 🔊
256 *Lamento haberlas visto desde siempre* 🔊
257 *¿Qué cosas insospechadas guardan?* 🔊
258 *El mar de mi niñez se sigue llamando cielo* 🔊
259 *No te busco en el cuerpo, en el alma te busco* 🔊
260 *A veces, cuando abro algún libro* 🔊
261 *Ahora que pasan los paraguas sobre la sombra* 🔊
262 *El sol me hace una piel de leopardo* 🔊

Poemas dispersos

- 265 *Antes de la palabra*
267 *Hoy la lluvia amaneció llamándote*

- 269 *Como quien corre sin freno*
- 270 Nínfula
- 272 *Quebrado, tembloroso, escribiré*
- 273 *Yo quiero*
- 276 *Callada, secretamente* 🔊
- 277 Tú
- 278 Tú, mi corazón
- 279 Piedras
- 280 Lápiz
- 282 Los ángeles
- 283 Espirales
- 284 Mandala
- 289 Réquiem para Octavio Paz 🔊
- 295 *Cómo habré de cantarte, Babilonia* 🔊
- 297 *Debajo de las piedras la buscamos* 🔊
- 299 *Atarse los zapatos* 🔊
- 300 Canto a la libertad



Libro ^{de} horas

Antología personal

de Enrique Villada, se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Armando Rodríguez Rodríguez, ubicados en Avenida 519 núm. 199, en San Juan de Aragón, primera sección, delegación Gustavo A. Madero, C.P. 07969, en México, D.F. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif y Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Ada Villanueva Ramírez y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.